

La “incubación” de Bogenhausen

En contraste con la Iglesia evangélica, la actitud de los católicos en Alemania apenas estuvo marcada por los conflictos internos. No hubo una escisión como la de los protestantes. La Iglesia católica no tomó partido por la ideología nacionalsocialista como hicieron los “Cristianos alemanes”, pero ciertamente tampoco luchó contra ella. Cuando teólogos católicos como Kart Eschweiler o Hans Barion ingresaron en el partido nacionalsocialista y afirmaron la obligación de esterilización de los enfermos congénitos, Roma les retiró pasajeramente el permiso de enseñar; sin embargo, la ley misma no fue criticada. El Obispo Clemens August Graf von Galen, el Cardenal Michael von Faulhaber y también Alfred Delp predicaron públicamente contra la eutanasia; von Galen pudo lograr incluso que la ley fuese suspendida intermitentemente. A pesar de las claras palabras en la Encíclica “Mit brennender Sorge” (Papa Pío XI – 1937) no hubo dentro de la Iglesia católica ninguna clara oposición contra el Holocausto. Fueron siempre sólo sacerdotes individuales, los que arriesgaron sus vidas a favor de los judíos, como por ejemplo Bernhard Lichtenberg, Maximilian Kolbe, Rupert Mayer y – Alfred Delp.

Desde 1939 muchos judíos tuvieron que abandonar sus viviendas. Fueron reunidos en “casas de judíos”. Desde el 15 de Septiembre de 1941 fueron obligados a llevar una estrella amarilla que estaba cosida sobre la ropa y era claramente reconocible en público. En su pasaporte había una enorme “J”. Para las mujeres estaba inscrito como nombre adicional “Sara”, para los hombres “Israel”. Todo el que tuviera amistad con los judíos se arriesgaba a ser internado en un campo de concentración por “motivos pedagógicos”. La discriminación fue tan amplia que los judíos sólo podían comprar durante unas determinadas horas al día, para que la población aria de la mejor forma posible no entrase en contacto con ellos. Desde Abril de 1942 sólo los “arios” podían utilizar los medios de transporte público y los teléfonos públicos. Desde Octubre de 1941 fue prohibido a los judíos abandonar la zona de influencia nazi. Al mismo tiempo comenzó en otoño la deportación sistemática de la población judía. Oficialmente estas acciones fueron llamadas “traslado de población”, “evacuación” o “misión laboral”. Los judíos también fueron perjudicados en la distribución de alimentos. Recibieron cartillas de racionamiento, pero sus raciones eran más pequeñas que las de los “arios”. Desde Septiembre de 1942 quedaron suprimidos para los judíos carne, huevos y leche.

El Padre Alfred Delp hizo todo lo posible por llevar judíos al extranjero, donde estarían a salvo, a pesar del agravamiento de las condiciones. Sabía que él mismo se ponía en peligro. Gracias a su ayuda, judíos perseguidos encontraron refugio pasajero en Feldkirch, en la alta Baviera. Allí había

un hogar de la Juventud Católica donde podían pernoctar. Él les procuraba cartillas de racionamiento y dinero. La mayor parte de los judíos contemplaban Suiza como la “tierra prometida”. Si llegaban a la línea fronteriza estarían salvados. Permanentemente tenían que maquinarse nuevos caminos de huida. Además Delp dependía también de la ayuda de su secretaria Luise Österreich, que era amiga de Gertrud Luckner, la cual trabajaba en Freiburg en Caritas y se había “especializado” en llevar perseguidos a la frontera. Como salida clandestina era adecuada la región de Singen am Hohentwiel. Desde allí muchos intentaban alcanzar el cantón suizo de Schaffhausen. La frontera corría por zonas forestales difícilmente controlables. Desde la ciudad austriaca de Feldkirch había la posibilidad de saltar a un vagón de mercancías –una empresa especialmente temeraria, que suponía para los fugitivos también una cierta agilidad. Algunos párrocos católicos en la zona fronteriza actuaban como colaboradores. En una acción de ayuda estaban implicados innumerables colaboradores, que tenían que contar permanentemente con ser descubiertos por la Gestapo, lo que también sucedió realmente en algunos casos. Cuando Delp se hizo activo colaborador del “Círculo Kreisauer” dejó su ayuda a los fugitivos. Temía comprometer a otras personas.

Antes de que Alfred Delp encontrase una nueva tarea en Bogenhausen como rector de la Iglesia, pudo descansar algo en Simsee im Chiemgau. Allí tenía amigos. Con frecuencia había pasado ya sus vacaciones en el pintoresco Wolferkam. Fuera de este tiempo iban y venían cartas. De vuelta a Munich, escribió a sus anfitriones: “A vosotros buena gente: hace ya casi una semana que estoy de nuevo en Munich y me parezco casi desagradecido porque aún no les he hecho llegar noticias mías. Quería al mismo tiempo enviarles algo de las cosas prometidas, pero en primer lugar todo estaba tan revuelto que necesité algunos días para aclimatarme y hacer una habitación del espacio que yo habito. Poco a poco tengo mucha amplitud. En principio hay un sentimiento cómico al no tener alrededor a ningún compañero, sino vivir solo...”

En efecto, esto era un cambio para Delp. La pequeña iglesia barroca de St. Georg con la hermosa casa parroquial, actuaba como una isla de bienaventurados en medio de la gran ciudad. Un barrio de hotelitos, en el que antes vivían muchos judíos acomodados, que ahora habían sido desalojados. En sus casas se establecieron sólo funcionarios nazis, así que Bogenhausen en la vox populi fue designado como “Bonzenhausen” u “Oberbonzenhausen”. Algunas de las familias antiguamente afincadas observaban al Padre jesuita recelosamente. Delp no pudo saber nunca si entre sus asistentes a Misa se introducían furtivamente agentes de la policía secreta. Entre sus íntimos se contaba la familia Kreuser. Juntos escuchaban en secreto las emisoras extranjeras prohibidas.

St. Georg pertenecía a la parroquia Heilig-Blut y también era atendida por ésta; a Delp sólo le correspondía el papel de sacerdote suplente. Sus homilias eran muy frecuentadas; fueron escritas y difundidas y – así lo hacía el Cardenal Friedrich Wetter – como “un buen consejo clandestino para los católicos comprometidos de Munich”. Delp sabía alentar a las personas en tiempos de desolación. Pero también podía hacerse fuerte sin rodeos y oponer resistencia a la ideología nacional socialista. En la Fiesta de Todos los Santos de 1.941 pronunció una centelleante homilía contra el film propagandístico de la eutanasia “Yo acuso” (1). Con fuerza verbal e impresionante seriedad censuró la total actitud del film como mentira. Era un “llamamiento al lagrimeo”, por el que el público quedaba envuelto y por medio de la compasión se le quitaba la fuerza para tomarse las cosas en serio... Quitáis a las personas la capacidad de poder cuidar y sanar a sus enfermos, hacéis de la persona un animal feroz, un animal feroz egoísta... Por eso en totalidad no sólo es mentira, huída, es rebelión, es indignación, usurpación de derechos, que tienen que ser sencillamente intangibles, si no debe desmoronarse todo el cosmos...”

Además de sus Misas, Delp encontró aún suficiente tiempo para dedicarse de aquí en adelante a su actividad literaria y ocuparse del trabajo con la juventud. Esto estaba verdaderamente prohibido. Sin embargo, Delp logró camuflarlo hábilmente. Las reuniones eran tan apreciadas que incluso llegaron algunos jóvenes que pertenecían a HJ, lo cual no podía sorprender en ningún caso. Los jóvenes admiraban al animoso párroco. No era ningún secreto que él desestimaba el nacionalsocialismo. Para muchos se convirtió rápidamente en modelo – también para Karl Kreuser de 14 años entonces, que más tarde pisó las huellas de Delp y se hizo jesuita. Los jóvenes sabían que la Gestapo tenía a Delp en el punto de mira y que se oponía a las disposiciones del Estado. Un ejemplo de ello fue la “Acción de la Cruz”. En el otoño de 1.941 tuvieron que quitar las cruces de las aulas por orden de las autoridades escolares del nacionalsocialismo. Esto encrespó a las madres y a los alumnos contra el plan. Como protesta colgaron en las escuelas primarias Gebele y en el Instituto Wilhelm nuevas cruces – cruces que el P. Delp había bendecido antes. Él había alentado personalmente a la acción a la madre de Kreuser. Le proporcionó una tarjeta postal, en la cual se veía a David que alcanzaba a Goliat con la honda. Delp había escrito más abajo: “¡Tire bien! Oro y estoy mentalmente con usted – Delp”. Sin embargo, las cruces fueron retiradas por la tarde. Contra las madres circuló una denuncia de la Gestapo; algunos de los alumnos participantes recibieron una prohibición de ir a clase, que fue levantada después de catorce días. También Kart Kreuser fue separado catorce días de las clases. En este tiempo, Delp le dio clase de ayuda de latín para que no perdiese el contacto. El entonces ministro bávaro para Clase y Culto, Adolf Wagner, tomó la “acción” como ocasión para maldecir la “incubación de Bogenhausen”. Aún cuando Delp no había

aparecido públicamente en todo este asunto, Wagner podía pensar que el jesuita había fomentado la pequeña revolución.

Una vez al mes, Delp celebraba una Misa para hombres. Esto le produjo repetidas veces desesperación porque el marco no era suficientemente solemne: Las oraciones se le hacían demasiado monótonas, el canto era cualquier otra cosa menos sublime. De “animación y estímulo religioso” no se percibía mucho.

También durante los ataques aéreos se mostraba el compromiso excepcional de Delp. Munich fue junto a Berlín, la ciudad en la que las gentes tuvieron que pasar durante la guerra la mayor parte del tiempo en sótanos. Nada que extrañar: Aquí se hallaban las grandes empresas de armamento como BMW y Dornier. Munich pertenecía, por lo tanto, a las metas preferidas por los bombardeos aliados. Sin embargo, los dirigentes nacionalsocialistas apenas se habían provisto de lo necesario. De los 169 refugios aéreos planificados al comienzo de la guerra no estaban terminados ni siquiera la cuarta parte. Tampoco la población desde el principio conocía lo serio de la situación. Los primeros ataques aéreos a la periferia de la ciudad fueron ignorados considerablemente. Numerosos muniqueños peregrinaban el fin de semana a los jardines ingleses. Él estaba enormemente sorprendido, pues apenas se percibía algo de temor. Tanto mayor fue el shock cuando en el verano de 1942 llegaron los primeros ataques sobre la ciudad. En los tres años y medio siguientes hubo 1600 alarmas aéreas, 73 ataques aéreos, de los cuales dos docenas tuvieron efectos devastadores. Alrededor de 6500 muniqueños murieron en los ataques; 300 000 perdieron su vivienda.

Delp abandonaba con frecuencia el sótano antes del fin de la alarma, lo cual estaba prohibido, y se ponía a la búsqueda de sepultados. Se le veía ir en bicicleta por Bogenhausen y con traje de faena de una casa destruida a otra. Intentaba, porque era muy mañoso, remediar y reparar los daños más graves. Cuando fue completamente destruida la casa de la Familia Grassl en Octubre de 1943 por una mina aérea, fue el Padre Delp quien se preocupó de ello, de que la familia hasta la hija mayor pudiese ser salvada. Los habitantes de la casa yacieron toda la noche debajo de los escombros. El servicio de protección aérea creyó que toda ayuda llegaría demasiado tarde y no se preocupó más de ellos. Alfred Delp tomó a un par de hombres valientes y empezaron a cavar infatigablemente. Cuando llegó finalmente el cuerpo de bomberos Delp mandaba a las fuerzas auxiliares, lo que a estos naturalmente no les gustó nada. De un fraile, además jesuita, no querían hacer caso en absoluto.

Delp se defendió contra un cristianismo que se agotaba en palabras piadosas. Ayudar prácticamente era para él un deber. Parecía como si estuviese empujado permanentemente por la pregunta: ¿Qué

necesidad puedo mitigar? La cuestión social se convirtió continuamente en objeto de sus escritos y homilias. "Servir en humildad" rezaba su divisa. Con predilección citaba la palabra de Jesús de Mc 10,45: "El Hijo del Hombre no ha venido a que Le sirvan, sino a servir". La Iglesia sólo podría ganar de nuevo credibilidad y hallar el camino hacia el ser humano, si tomase a Jesús como modelo. "Ningún ser humano creerá en el mensaje de salvación y en el Salvador mientras no nos hallamos desollado sangrientamente en el servicio del ser humano enfermo psíquica, física, social, económica, moralmente o de cualquier otra manera", según Delp. Con ello se anticipó a un pensamiento que más tarde habría de convertirse en el tema central de la Teología de la Liberación y también en el Concilio Vaticano II habría de ser expresado explícitamente: La solidaridad con los necesitados. Para Delp el amor a Dios y el amor al prójimo están emparejados inseparablemente. Un anuncio, en el que la dimensión diaconal no juegue ningún papel era, según su opinión, un ritual vacío de sentido.

Pero también Bogenhausen se convirtió en un escenario de otras numerosas actividades de Delp. Organizaba días de retiro para jóvenes y reuniones para órdenes femeninas. Algunos participantes se acordaban más tarde de la seriedad de Delp. Junto al ánimo para la resistencia, él trató también siempre del "después" – del tiempo de después del fin de la dictadura. Su capacidad de conferenciante le condujo a numerosas ciudades. Desde Königsberg hasta Viena recorrió el país para hablar con predilección sobre temas histórico teológicos. De ahí surgió también su obra ya mencionada "El hombre y la historia". En esencia se trata de la cuestión de hasta qué punto el ser humano puede influir en la historia. Además es importante ver en Delp que la propia historia existencial forma parte de la gran historia universal y que ésta forma parte de nuevo de la historia de salvación de Dios... "El hombre tiene que hacer historia", escribe. Ciertamente además es necesario que él sepa atesorar "su libertad y autonomía" y no renuncie a ellas. Delp dedicaba sus escritos a los amigos de Bogenhausen. Había fundado un círculo de diálogo, al que agradeció muchos estímulos para esta obra.

Delp se comprometió también en "Una-Sancta-Kreis" (Círculo Una-Santa). Este movimiento ecuménico, que existe hasta hoy, se había formado aproximadamente en 1917. Su meta era superar los malos entendidos y hallar una base conjunta sin tener que renunciar a las peculiaridades de la propia confesión. Pero los participantes católicos también esperaban que partes del ideario evangélico, que se consideraban como "correctas", a la larga se podrían integrar en la doctrina católica. Durante la época del nacionalsocialismo fue más cuestionado el movimiento pues se

trataba de poner en cuestión la exigencia de dirección de Hitler y de señalar infatigablemente que sólo a Dios corresponde la soberanía y el honor.

Gemeinsam gegen Hitler

Elke Andrass,



St. Georg. Bogenhausen

(1) Yo acuso

Película alemana estrenada el 29 de Agosto de 1.941.

Esta película cuenta la historia de una mujer enferma de esclerosis múltiple, que, por expreso deseo suyo, es eutanasiada por su marido, el médico Prof. Heyt por medio de una sobredosis de su medicina. El último tercio de la película presenta el proceso contra Dr. Heyt a consecuencia del asesinato.

Hanna Heyt es una mujer vitalmente alegre. Cuando su marido recibe el nombramiento de Director de un Instituto de Munich, ella prepara una celebración para colegas y amigos. Ya durante los preparativos se precipita inexplicablemente desde una escalera en casa. Durante la celebración, cuando toca el piano, siente un calambre en su mano y no puede continuar tocando. Como a la mañana siguiente tampoco se le quita la sordera, su marido la envía al Dr. Lang, un viejo amigo de la pareja. Éste la examina, abriga la sospecha de que Hanna está enferma de esclerosis múltiple y comunica al Dr. Heyt su sospecha, el cual sufre un shock y después pide el diagnóstico de un especialista. Aquel confirma la incurable enfermedad, pero sugiere no comunicar a Hanna su mal para no quitarle su optimismo y la fe en una mejoría. De aquí en adelante el Dr. Heyt investiga en su laboratorio después del trabajo hasta en las horas de la noche el agente patógeno de la enfermedad y busca un remedio para su curación.

Mientras tanto la enfermedad continúa avanzando en Hanna. Ella reconoce que puede mover cada vez menos las piernas y los brazos por la parálisis. Acto seguido pide al Dr. Lang que la libere cuando esté muy mal. Ella no quisiera que su marido estuviera alegre cuando esté finalmente muerta después de haber vegetado y haber sido "sólo una carga". Dr. Lang rechaza sus exigencias como no éticas. Más tarde Hanna se dirige con el mismo ruego también a su marido que intenta convencerla de la posibilidad de una rápida curación.

La enfermedad empeora progresivamente. Un aparente descubrimiento en las investigaciones de Heyt resulta ser un error. Cuando Hanna sufre parálisis respiratorias, le pide a su marido de nuevo que la ayude ahora. Él sustrae los botellines de medicina al Dr. Lang y administra a su mujer una sobredosis, que la mata. Dr. Lang está fuera de sí e inculpa a Heyt acto seguido de asesinato y rescinde su amistad con él. Heyt es denunciado por su cuñado.

Dr. Lang, que al principio no había sido citado, llega al final. Por la confrontación con un niño enajenado mental es inducido a cambiar de idea. Él había pretendido conservar la vida por todos los medios a un niño enfermo de meningitis. Sus padres le preguntan por qué no le ha dejado morir, pues

ahora está en una institución, como consecuencia del tratamiento, ciego, impedido y enajenado. Él confirma el deseo expreso de Hanna Heyt.

Al final el Dr. Heyt expone un breve informe en defensa propia y quiere una sentencia, “para clarificarse ante sí mismo y para futuros casos similares” y así termina el argumento, dejando abierta la decisión sobre el caso.